

«Un debut asombroso. Ursula K. Le Guin... Kim Stanley Robinson...  
Simon Jimenez.» *Stephen Baxter*

# AVES EXTINTAS

SIMON JIMENEZ

minotauro

AVES  
EXTINTAS

SIMON JIMENEZ

minotauro

*Aves extintas*

Copyright © 2020 by Simon Jimenez

Translation rights arranged by KT Literary LLC. and Sandra Bruna Agencia  
Literaria, SL  
All rights reserved

Publicado originalmente como *The Vanished Birds*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2021

ISBN: 978-84-450-1025-9  
Depósito legal: B. 3.396-2021  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

## Seis cosechas

Nació con once dedos, con un pequeño bulto de carne y hueso al lado del meñique de la mano derecha. El médico quiso tranquilizar a los preocupados padres y les aseguró que la pequeña protuberancia no era maligna.

—Aun así —añadió el doctor mientras deshacía el lazo de una bolsita de tela—, un granjero solo necesita diez dedos para cultivar dhuba.

El médico indujo el sueño al niño con el humo de unas hierbas y seccionó la protuberancia de su mano con un cuchillo cauterizador. La madre, aunque sabía que el sueño en el que habían sumido al bebé por medio de las hierbas impedía que sintiera dolor, se estremeció cuando vio que el trozo de carne se separaba de la mano y apretó al niño contra su pecho al mismo tiempo que rezaba para que cuando despertara no recordara nada de lo pasado. El padre, mientras tanto, incapaz de resistirse a su hedonismo, aspiró profundamente el humo de las hierbas medicinales y tuvo una alucinación del futuro: en sus pupilas dilatadas, su hijo ya era un hombre adulto, apuesto y poderoso, y poseía una gran casa en la cima de la colina porque se había convertido en el gobernador de la Quinta Aldea. Para celebrar esta visión, mandó hervir el dedo y conservó los huesos en un tarro de vidrio tapado con un corcho. Los días en los que se sentía melancólico lo agitaba para escuchar el tableteo de los buenos augurios

mientras susurraba a su bebé: «Algún día serás el gobernador de este lugar». El niño hacía gorgoritos en sus brazos, todavía demasiado pequeño para darse cuenta de que la vida urdía toda clase de maquinaciones para que nada cambiara.

Lo llamaron Kaeda, el antiguo nombre de su mundo.

Kaeda creció orgulloso de la cicatriz en su mano derecha, cuya forma cambiaba según pasaba el tiempo. Con siete años, el tejido cicatrizado recorría la palma de su mano como un río turbulento. Él mostraba con entusiasmo la marca a los otros niños cuando se lo pedían y reía cuando se la acariciaban con el ceño fruncido, impresionados y a la vez desconcertados por su textura. Algunos decían que estaba maldito; eran los niños que habían aprendido de sus padres a desconfiar de todo aquello que se saliera de lo normal. A estos, Kaeda les ponía la cicatriz debajo de la nariz con aire desafiante y les repetía las palabras de su padre: «¡Algún día seré el gobernador de este lugar!». Y con la mera fuerza de la voluntad conseguía convencerlos de que la cicatriz en su mano era un signo de buena suerte.

Poseía un carisma innato. Los cuidadores lo adoraban; los demás niños jugaban a los juegos que él proponía y creían en lo que él creía. Todos menos una niña llamada Jhige, que nunca perdía la ocasión para contradecir sus descabelladas afirmaciones y confrontar su arrogancia con la de Kaeda. Refutaba sus alocadas teorías para explicar por qué el cielo era rojo y por qué el olor del aire cambiaba a lo largo del día (todo tenía un olor agradable y dulce por la mañana, pero al anochecer el olor era acre, como el de un kiri). «Y tu cicatriz no es especial —espetaba Jhige—. ¡Solo es una prueba de que no naciste normal!» Se peleaban sobre la hierba amarilla hasta que los cuidadores los separaban. Casi todos los días se enzarzaban como perros, pero, a pesar de que muchas veces volvía con moratones a casa, Kaeda siempre salía de las peleas con su determinación intacta, convencido de que Jhige solo estaba celosa de él porque era el que estaba destinado a la grandeza, si bien todavía desconocía qué grandeza era esa, y así seguiría siendo hasta el día en que llegaran los otromundonianos.

Mientras llegaba ese día, Kaeda solo conocía las historias que contaban sus padres. Según ellos, cada quince años, los otromundonianos irrumpían en el cielo con sus naves de tela y metal y aterrizaban en las llanuras que se extendían al este de la aldea para recoger la cosecha de semillas de dhuba. Su padre le explicó que ese día especial se conocía con el nombre de Día de la Entrega, y todos los Días de la Entrega se celebraba una gran fiesta en honor de los otromundonianos y de los granjeros.

—Una fiesta que nunca olvidarás —le aseguró.

La risa de su madre llegó desde la otra habitación.

—Siempre y cuando no te pases con la bebida.

—Sin bebida no hay diversión —repuso su padre.

Kaeda no pegó ojo la víspera de su primer Día de la Entrega. Su cabeza bullía con todas las historias que había oído, con la expectativa de ver caras nuevas y manos que los campos de dhuba no habían teñido de morado. Contempló el cielo negro tachonado de estrellas a través de la ventana de su pequeño cuarto, ajeno a lo tarde que era, e imaginó cómo sería saltar de una luz a otra. ¿Qué lugares había más allá? Cuando su madre entró en su habitación a la mañana siguiente, Kaeda estaba exhausto después de haber invertido todas sus energías en dar forma a esas fantasías durante la noche. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse las sandalias y no paró de quejarse mientras se dirigía con el resto de los aldeanos a las llanuras que había al este de la ciudad; estuvo suplicando que pararan para descansar hasta que su padre, harto, suspiró y lo subió a su espalda para llevarlo a caballito. Kaeda perdió la noción del tiempo y del espacio mientras se balanceaba encima de su padre, y solo sentía el calor y el olor intensos, como las brasas de un fuego agonizante, de la espalda de su progenitor.

Se quedó dormido.

Y entonces el cielo se escindió y Kaeda despertó chillando. Su padre rio y señaló arriba. Kaeda siguió su dedo y divisó una docena de delgadas líneas verdes que estriaban el lienzo de cielo rojo por encima del horizonte. Los puntos de los extremos fueron creciendo hasta que, no más de dos minutos después, las

gigantescas bestias metálicas se posaron, de una en una, en la alfombra de hierba con un estruendo que hizo temblar el suelo. Las vibraciones agitaron el corazón de Kaeda, que de repente se dio cuenta de que nunca había visto unas creaciones tan inmensas ni tan complejas, con alas de tela y cascos metálicos que resplandecían con el sol. Las rampas de las bodegas descendieron con un estrépito ensordecedor, como si fueran unas grandes bocas que dejaran caer la mandíbula al suelo. Entre las personas que salieron de la nave distinguió pieles de todos los tonos, algunas más pálidas que la suya, otras más oscuras, vestidas con unas ropas que parecían confeccionadas con la mismísima luz de las estrellas. Sintió unas náuseas repentinas al contemplar esa nueva realidad, que sobrepasaba de lejos todo lo que hasta ese momento había sido su universo. Le temblaba todo el cuerpo. Se meó encima. Su padre maldijo, torció el gesto al notar la humedad en la espalda y bajó a Kaeda al suelo.

Condujeron a los otromundonianos al centro de la Quinta Aldea, donde les habían preparado un banquete que consistía en cuencos de bebidas alcohólicas y fuentes llenas de pastelitos de dhuba (alargados, de color morado y con masa de hojaldre). Kaeda no veía a los otromundonianos desde donde estaba sentado, atiborrándose de bollitos dulces y de zumo, lo cual supuso una pequeña decepción. Se sentía a gusto rodeado por sus padres, que no paraban quietos; disfrutaba con el crujido de las nueces cuando su madre las partía con sus musculosos dedos y con el aliento con olor a alcohol de su padre cuando reía alegremente. Kaeda se sentía tan bien que incluso sonrió a Jhige, que estaba sentada con su familia en el otro extremo de la larga mesa. Ella se sobresaltó, le saludó con la mano y le devolvió la sonrisa antes de volverse de nuevo hacia su tío, que estaba contando la enésima historia sobre la Bestia Carnicera del bosque del sur. Los habitantes más jóvenes de la aldea no pegarían ojo esa noche por culpa de las historias de miedo del tío de Jhige, y se pasarían las horas en vela con los ojos fijos en los rincones oscuros de sus dormitorios, esperando ser devorados en cualquier momento. Los adultos las escuchaban riendo a carcajadas.

Cuando terminó el banquete y el alcohol se convirtió en el protagonista absoluto de la fiesta, los cuidadores y los padres jóvenes se llevaron a los niños a casa. Sin embargo, para Kaeda la noche todavía no había sido completa, ya que tenía pendiente conocer a un otromundoniano. De manera que ideó un plan para escapar del grupo. Le pidió a su amigo Sado que mintiera a los cuidadores y les dijera que se había adelantado y que ya estaba de camino a casa. Antes de que Sado tuviera tiempo de asentir, Kaeda desapareció entre los edificios achaparrados para regresar donde estaba la hoguera y el olor a alcohol era intenso.

Al llegar al final del callejón, justo antes de entrar en la plaza, Kaeda vio a la mujer. Estaba sentada sola en un banco, con su silueta recortada en el fuego. Sus dedos subían y bajaban por la flauta que tenía pegada a los labios y de la que salía una música que evocó en Kaeda el sonido del viento al pasar por el hueco de una puerta ligeramente entreabierta. Kaeda la observó desde las sombras. A pesar de que estaba sentada, parecía alta. Tenía la piel negra y la cabeza afeitada, y vestía una ropa más sencilla que la de sus compañeros: una parte superior blanca escotada y unos pantalones negros que envolvían las curvas de sus piernas. Las notas que emitía la flauta hacían danzar las llamas de la hoguera, o tal vez el fuego influyera en la música, o las estrellas..., o quizá todas esas fuerzas actuaban juntas y en armonía. Esa canción era la noche misma; era la risa de la gente mientras bailaba junto al fuego y el olor de la fruta y del humo en el aire; estaba en la luz y adherida a las cuentas de sudor que moteaban el pecho de la mujer. Estaba en todas partes. El aire de la respiración de la otromundoniana que salía a través del tubo de madera hipnotizaba a Kaeda y le inflamaba las entrañas. Pero entonces la mujer levantó inesperadamente sus grandes ojos y lo vio.

Cesó la música.

La otromundoniana habló con dos voces; una lo hizo en una lengua que Kaeda no comprendía y la otra en la suya. Era como si la mujer estuviera huyendo de su propio fantasma y lo que sonaba fuera el eco lejano de su voz. Kaeda era demasiado

joven para saber que esa doble voz era una anomalía causada por el dispositivo de traducción de la mujer, y creyó que se trataba de magia otromundoniana.

—¿Te ha gustado? —le preguntó.

Kaeda asintió con la cabeza. La mujer se levantó para acercarse a él y su sombra alargada lo cruzó para fundirse con la oscuridad que había en la entrada del callejón. El instinto le pidió a gritos que echara a correr, como si una parte de él supiera que, si se quedaba, no habría vuelta atrás, pero Kaeda no le hizo caso y, tozudo de él, no se movió de su sitio. La mujer se agachó delante de él para que sus ojos estuvieran a la misma altura. Estaban tan cerca que Kaeda olió la fragancia floral de su piel.

—Toma —dijo con su voz doble, ofreciéndole la flauta.

Sus dedos se rozaron cuando Kaeda cogió el regalo. Agarró con fuerza el instrumento y lo apretó contra su pecho. La mujer le sonrió como solo saben hacerlo los adultos, con una mezcla de felicidad y de tristeza, y Kaeda la observó mientras daba media vuelta y regresaba junto a la hoguera. Su silueta quedó grabada en la memoria de Kaeda. Entonces no sabía que la figura de esa desconocida se convertiría en un recuerdo indeleble durante muchos años. En ese momento solo se daba cuenta de la sensación de bienestar y el terror que le provocaban el calor que le transmitía esa mujer mientras la miraba.

Se llevó la flauta a los labios; la boquilla todavía estaba húmeda.

A la mañana siguiente, de la hoguera solo quedaban cenizas frías. Los visitantes se habían marchado llevándose con ellos el grano que su pueblo había cosechado. Kaeda había dejado la flauta al lado de la cama. Explicó a sus padres que era un regalo. Su padre, como ya había hecho con el undécimo dedo de su hijo, lo interpretó como un augurio de todo lo bueno que estaba por venir, mientras que su madre aceptó con resignación que era una eventualidad más de la vida. Cuando se sentía solo, Kaeda se tumbaba en el tejado de cañas de su casa y tocaba la flauta hasta que se le irritaba la garganta de tanto soplar, si bien

nunca conseguía sacarle las notas correctas. De manera que llenaba sus noches con melodías ejecutadas con entusiasmo pero también con torpeza, canciones que repetía obsesivamente.

Todo empezó con sueños inocentes en los que mostraba a la otromundoniana las tierras de su aldea y le enseñaba las reglas de los juegos a los que jugaba con sus amigos («ponte a la pata coja, tócate la nariz con un dedo y canta la canción de la cosecha nocturna al revés»). En esos sueños ella se limitaba a escuchar y nunca hablaba. Le gustaba la cicatriz de su undécimo dedo y le decía que era un niño muy valiente. Luego llegaron los otros sueños, los plácidos y húmedos; ella se sentaba en el borde de su cama y le acariciaba el dedo gordo del pie, luego le recorría el empeine con la mano y subía por su pierna trazando un camino electrizante, hasta que se producía el cortocircuito, la explosión.

Llegó el día en que Kaeda cumplió catorce años y comenzó a trabajar en los campos de dhuba con sus padres. Estos le enseñaron a extraer del tallo las delicadas y gelatinosas semillas moradas, a colocarlas con sumo cuidado en los cestos de mimbre y a cortar con un machete, con tres golpes precisos, los tallos vaciados por la base. Cuando ganó destreza le asignaron su propio campo, carretera abajo, donde trabajó codo con codo con Jhige y otros chicos a los que conocía de vista. El trabajo físico esculpió su enclenque cuerpo juvenil y lo dotó de unos músculos fuertes y útiles que parecían una multitud de pequeños puños que intentarían atravesarle la piel desde dentro. Las mujeres se dieron cuenta de esa transformación; también algunos hombres. Y Jhige. Para entonces, su rivalidad infantil había evolucionado hasta convertirse en una camaradería sazónada con pullas. Las bromas que se gastaban tenían un componente misterioso y excitante; se lanzaban miradas furtivas a través de las hileras de tallos mientras trabajaban y observaban el cuerpo en movimiento del otro.

Un día, cuando la estación húmeda se acercaba a su fin y regresaban a la aldea desde los campos, Jhige le preguntó atropelladamente, como si fuera la única manera de superar su propio

nerviosismo, si se sentía atraído por ella. Kaeda tropezó con un saliente en el camino y respondió que sí. Porque era la verdad. Esa noche, mientras se toqueteaban detrás de un almacén y se dejaban las marcas rojas de los chupetones en la piel, la mujer a la que Kaeda besaba era otra, una que le susurraba con su voz doble los secretos ardientes de este mundo mientras la hoguera le calentaba la cara.

La relación con Jhige fue breve. Enseguida fue obvio para los dos que él tenía la cabeza en otra parte. Kaeda nunca la miraba cuando estaban en la cama; cuando caminaban por la aldea para ir a reunirse con sus amigos, él le agarraba la mano con desgana; y cuando discutían, Kaeda era el primero en abandonar, como si no tuviera ningún interés en pensar una réplica, mucho menos en hacer un esfuerzo para reconciliarse. La relación terminó de una manera pacífica, y también repentina. Un día Kaeda vio en la plaza a Jhige cogida de la mano de un chico que trabajaba en un campo distinto del suyo. Era Yotto, un chico majo y, en opinión de Kaeda, un imbécil que no sabía manejar el machete. Creía que Jhige se había equivocado en su elección, pero se guardó para sí su opinión y pasó por delante de ellos sin decir nada. Habrían de pasar años hasta que Jhige y él volvieran a dirigirse la palabra.

Entretanto, él tuvo otras novias, pero con ninguna de ellas duró más de un mes, pues a todas les encontraba alguna carencia; estaba la que no era lo bastante alta, la que era demasiado débil, la que no era lo suficientemente lista... Pero el verdadero motivo siempre era el mismo: ninguna era ella.

Cuando se tumbaba en el tejado de chamiza de su casa y contemplaba las estrellas, era capaz de convencerse de que en algún lugar remoto ella también estaba pensando en él.

Para celebrar su decimoquinto cumpleaños abrieron la primera botella de alcohol en su honor y le vertieron todo el contenido en la cabeza. Fue un amargo bautismo que sirvió para darle la bienvenida al mundo de los adultos que por la noche bebían y por la mañana acudían frescos como una rosa a los campos morados.

—¡Tu vida empieza ahora! —exclamó su padre agarrándole la cara con las manos callosas. Lo besó una y otra vez en la frente, borracho como una cuba, y le repitió lo que llevaba diciéndole desde el día que nació—: ¡Algún día serás el gobernador de este lugar!

Mientras su padre se lo comía a besos, Kaeda pensó que todos esos buenos presagios siempre hacían referencia a un futuro lejano, nunca al presente.

—Espera y verás —le aseguró su padre.

Y Kaeda esperó.

Tenía veintidós años cuando llegó el siguiente Día de la Entrega. Kaeda estaba trabajando en los campos, extrayendo las últimas semillas de dhuba de los tallos, cuando Sado le dio un codazo y le señaló el cielo. Doce franjas verdes estriaban las nubes y desaparecían detrás de la línea del horizonte que trazaban los tallos altos de las plantas al este.

—¡Ya están aquí! —anunció Sado.

Kaeda asintió mientras arrancaba la capa de un tallo con las manos temblorosas, ansioso por terminar su cupo. Luego empujaron los contenedores con ruedas hasta la aldea. Su amigo le aconsejó que no se hiciera demasiadas ilusiones, porque, aunque la mujer también hubiera venido esta vez, era muy poco probable que se acordara de él.

—Eso espero —respondió sonriendo Kaeda, pues no quería que la mujer viera al niño que había conocido en el viaje anterior, sino a un hombre digno de pasar la noche con ella.

—Cuando te dé calabazas —dijo Sado dándole palmaditas en la espalda—, vente a beber con el resto de los idiotas solitarios.

Kaeda rio. Entonó berreando la primera estrofa de la canción del regreso a casa y sonrió cuando oyó que la canción se propagaba por la columna de granjeros que volvían a la aldea. Sus voces vibraban con la emoción de la inminente celebración. Llevaron los contenedores de mimbre a los edificios de recolección para que los pesaran y los almacenaran. Nada más terminar, todos corrieron a sus casas para ponerse sus mejores

pantalones y sus vestidos más elegantes. Cuando llegaron, la hoguera ya estaba encendida. Kaeda cogió una jarra de la larga mesa y tomó un trago prolongado que le abrasó la garganta y lo llenó de valor antes de emprender la búsqueda de la mujer. Toda la plaza vibraba con las sombras de las personas que bailaban junto al fuego. Kaeda sentía cómo temblaba el suelo bajo sus pies. Ante sus ojos desfilaba una multitud de rostros, pero ninguno era el de ella. El miedo comenzó a hacer presa en él. ¿Y si no había venido? Pero entonces vio con el rabllo del ojo el callejón inundado de luz y a ella sentada en el banco, observando el fuego y a la gente que bailaba con una sonrisa serena.

A pesar de que Kaeda sabía que el tiempo transcurría de otra manera para ella, le sorprendió lo mucho que se parecía a la mujer de sus sueños y lo poco que había envejecido. Sacó pecho y adoptó una actitud de bravucón que perdió en cuanto se presentó y se le trabó la lengua al pronunciar las sencillas sílabas de su nombre. Aun así, la otromundoniana le sonrió y la luz se reflejó en la comisura de sus dulces labios. Kaeda sintió que se le abría el corazón por la mitad y todos los sentimientos que había estado guardándose durante los últimos quince años caían a los pies de la mujer en la forma de un enredado ovillo de deseo.

—Hola —dijo ella.

Se llamaba Nia Imani. Le contó que era un nombre antiguo, de los tiempos de cuando la Tierra estaba unida. Sin embargo, cuando Kaeda le preguntó si había sido su padre o su madre quien eligió ese nombre, ella sonrió y se puso a hablar de su trabajo.

Kaeda ya conocía lo esencial sobre sus viajes, pues el gobernador hacía referencia a ellos en los trillados discursos de bienvenida que daba en los campos. No obstante, escuchó con atención a Nia mientras le describía las sensaciones que experimentaba su cuerpo cuando la nave abandonaba esta realidad y se introducía en los pliegues de otra. Le explicó que esa porción del espacio donde el tiempo transcurría de una manera diferente se llamaba Bolsillo. Kaeda imaginó lo que ella le pidió: un océano negro con corrientes, mareas y rápidos que estiraban los

segundos para convertirlos en horas, y estas en años. Algunas corrientes dilataban el tiempo hasta el infinito, otras, apenas unos instantes. Pero en todos los casos se daba una alteración del tiempo.

—Así podemos viajar a lugares muy lejanos —declaró Nia—, pero cada vez que regresamos las cosas son distintas. En nuestra ruta actual, llegamos en la corriente Diligente y nos marchamos en la Tímida. Estas corrientes tienen un diferencial temporal concreto. Tardamos ocho meses en transportar vuestra cosecha a su destino y regresar para la siguiente entrega, pero para vosotros...

—Son quince años —se adelantó Kaeda. Conocía bien ese número, pues había transitado lentamente por cada uno de esos años—. ¿Y qué sientes cuando vuelves a casa y ves que todos tus amigos han envejecido y tú no?

—Unas veces me pongo triste —respondió sonriendo—, pero otras me siento bien. —Le explicó que Umbai la había contratado para seis ciclos de transporte. Este era el segundo.

—Eso quiere decir que volverás cuatro veces más.

—Sí, cuatro veces más —repuso. Luego añadió—: ¿Estás seguro de que no nos habíamos visto antes?

Kaeda le aseguró que debía de estar confundiéndole con otra persona. Temía que la verdad se desvelara e hiciera añicos la magia del momento, porque entonces ella le daría unas palmaditas en la cabeza al niño que fue y se despediría de él. Sin embargo, Nia no insistió y cambió de tema. Le preguntó por su trabajo. Kaeda volvió a sacar pecho.

—Soy el mejor de mi campo, y el quinto más rápido de la aldea.

Habló a Nia sobre la estación húmeda, cuando una fina capa de niebla blanquecina cubría los campos secos. Era el mejor momento para replantar los tallos, porque las raíces se nutrían de la humedad del aire y de los azúcares de la tierra labrada.

—Cosechamos las semillas cuando el cielo absorbe la humedad. Acabas la jornada con las manos moradas.

Le mostró las palmas de las manos, recubiertas por una película de color malva. Ella deslizó el dedo por su piel y Kaeda se estremeció.

—Estás orgulloso de tu trabajo —dijo. No era una pregunta.

—Sí —afirmó Kaeda. Pero no siempre era así. La mayoría de los días le parecía que era un trabajo mundano, a veces tedioso, nunca excepcional; pero esta noche, mientras ella escuchaba con atención todo lo que él le contaba, le parecía un trabajo importante, muy por encima de sus posibilidades. Kaeda continuó hablando hasta que agotó el tema de su trabajo y no supo qué más decir. Sin embargo, el aire que los envolvía seguía cargado de energía. Nia había puesto la mano al lado de sus dedos temblorosos en el banco. Kaeda tragó saliva.

—Eres muy guapa.

Las palabras salieron como piedras de su boca.

Aun así, ella las recogió de una en una y le dijo que él también era guapo. Kaeda vio en sus ojos el mismo deseo que lo desbordaba a él. La siguió a través de los bailarines y pasaron por delante de las mesas atiborradas de gente comiendo. También pasaron al lado de Sado y del resto de los hombres solteros, que bebían y se consolaban unos a otros, y que se mordieron el labio con envidia cuando vieron que Kaeda y la otromundoniana se marchaban de la fiesta juntos. Pasaron por delante de Jhige, que le sostuvo la mirada un momento y luego se volvió a su marido y le pasó el brazo alrededor de su gruesa cintura.

Enfilaron por la carretera oscura. Kaeda caminaba con torpeza y tropezando con los baches del camino. Nia, sin embargo, caminaba erguida a su lado y lo miraba de reojo con una sonrisa seductora. Kaeda quiso detenerse un momento para grabar en su memoria la imagen de Nia recortada sobre el fondo de su aldea, pero ella deslizó una mano por el interior de su pantalón, lo agarró por el pene erecto y tiró de él para llevarlo colina abajo, detrás de una gran roca. Una vez allí lo apretó con las caderas contra el suelo y le presionó el torso con las manos para obligarlo a quedarse quieto. Kaeda le envolvió los senos con las manos, se agarró a su cintura..., se aferró a cualquier

cosa que lo mantuviera sujeto a ese sueño, hasta que terminaron y se quedaron tendidos en la hierba, desnudos y exhaustos. Nia, con la cabeza apoyada en su pecho y una mano en su ombligo, lo aplastaba contra el suelo de una manera placentera. Se sentían como si estuvieran solos en el mundo. Kaeda estaba tan eufórico que se puso a tararear una canción. Cuando Nia le preguntó qué cantaba, él le explicó que era una canción que se cantaba al finalizar la jornada en el campo; también le habló de la canción del regreso a casa.

—Es la canción que cantamos cuando volvemos de los campos después de trabajar —dijo mientras le acariciaba el cuero cabelludo afeitado—. Es la canción del trato. «Tuyo es mi día, pero no me quites la noche».

—Me gusta —repuso ella con un suspiro—. Cántala otra vez.

Él volvió a cantarla, repitiendo las palabras en bucle como si fuera un cordón que enrollara en el dedo, un cordón que ataba sus cuerpos, hasta que ella se quedó dormida. Y mientras ella dormía, Kaeda escuchó la noche, el sonido de los insectos, la brisa que silbaba al atravesar los campos y alzarse hacia el cielo, la respiración de Nia, el murmullo incoherente de sus sueños.

Y entonces supo qué quería.

Kaeda le dio unos suaves codazos en el hombro hasta que ella se revolvió.

—¿Puedo irme contigo? —le preguntó.

Nia abrió los ojos lo justo para entrever su rostro borroso.

—¿A dónde?

—A cualquier parte —respondió él con el corazón latiendo con fuerza en su pecho.

Nia parpadeó una vez y cerró los ojos.

—A lo mejor —murmuró. Se dio la vuelta y pegó la espalda al pecho de Kaeda—. Hablaremos por la mañana.

—Vale.

Kaeda escuchó la respiración ruidosa de Nia. Roncaba, pero también eso le gustó de ella. «No eran solo sueños», pensó

con orgullo. Y no tardó en quedarse dormido también él, con la mano apoyada en la cadera caliente de Nia.

Las risas lo despertaron.

Era mediodía. El sol calentaba su cuerpo desnudo. Dos campesinos, dos hombres a los que Kaeda conocía, le dieron unas pataditas en los pies y le advirtieron de que no era bueno para la salud dormir desnudo al raso.

—¡Los bichos se meterán en tu cuerpo! —exclamaron. Más risas.

Kaeda miró alrededor con los ojos somnolientos. Nia se había marchado y la única prueba que quedaba de su presencia allí era la hierba aplastada a su lado. Se puso a toda prisa los pantalones y echó a correr en dirección a los campos.

—¡Los bichos! —carcajearon los campesinos a su espalda.

Kaeda llegó a tiempo para ver a sus compatriotas despedirse con la mano de la última nave, que ya no era más que un pálido punto de luz que enseguida desapareció en el cielo.

—¡Adiós! —gritaron en coro los niños.

Kaeda dejó caer los brazos a los costados y sintió que se le caía el alma a los pies. No vio acercarse a su madre hasta que ella le dio unos golpecitos en la espalda y le preguntó con desconcierto:

—¿Dónde está tu camisa? ¡Serás tonto, corre a vestirte!

Las otras familias reían disimuladamente mientras observaban a Kaeda y a su madre, que se lo llevaba a empujones de los campos y de vuelta a la aldea. Él caminaba a trompicones, frotándose los ojos llorosos con los nudillos.

Se refugió en el trabajo. Estrangulaba el tallo de dhuba con los pulgares para extraerle las semillas. Con un machetazo doblaba el tallo hasta cierto ángulo y el peso de su cuerpo hacía el resto del trabajo. Cien kilos de semillas de dhuba repartidas en cinco contenedores que eran empujados hasta la aldea; la mitad se sometía a un proceso de estasis por frío y la otra mitad se enviaba al molino, donde puños callosos molían las gelatinosas semillas durante horas hasta convertirlas en una fina pasta. El molino

estaba en un recinto abovedado, en cuyas paredes resonaban el ruido de la labor y los chistes verdes. En cuanto a los tallos cortados, se eliminaban los extremos afilados, se pintaban de rojo y se unían para construir las casas de las nuevas familias, cuyo número no paraba de crecer año tras año.

Jhige dio a luz gemelos. Kaeda estuvo presente en el parto, mojando toallas y observando con detenimiento al marido. Yotto permanecía inclinado como un penitente sobre el lecho y no paraba de susurrar a su mujer:

—Casi, casi, casi.

A lo que ella respondía a gritos:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

Los bebés nacieron por fin, completamente sanos. Eran dos niñas que pesaron tres kilos y medio cada una y que exhibían con orgullo la nariz afilada de su madre. Kaeda felicitó a los padres primerizos y los dejó arrullando a sus hijas. Salió de la cabaña del médico y tocó la campana para anunciar que el parto había salido bien. Los tañidos se oyeron en toda la aldea y se encendieron velas en las ventanas oscuras. Kaeda echó un vistazo al interior de la cabaña donde continuaban Jhige y Yotto y suspiró. Daba la impresión de que todas las semanas alguno de sus amigos era padre. La aldea se expandía colina abajo y las casas llegaban hasta el fondo del valle. Todas las semanas moría un anciano y dejaba sitio para los recién nacidos.

El padre de Kaeda murió un año después de la partida de Nia. La causa de la muerte fue un accidente debido al exceso de alcohol. Un amigo del padre de Kaeda quiso gastarle una broma y le dio un empujón, con tan mala fortuna que el hombre, ebrio, perdió el equilibrio y se partió el cuello con el canto de una mesa de madera. Acosado por los remordimientos, el pobre desgraciado que lo mató abandonó la aldea esa misma noche y nunca volvió. Cuando llegó la estación húmeda, y con ella las bestias con grandes dientes que merodeaban en las colinas y en los bosques circundantes, lo dieron por muerto.

—Me alegro —declaró la madre de Kaeda cuando se enteró de la desaparición del hombre. Esas fueron las únicas

palabras que pronunció en relación con la muerte de su marido, y regresó a los campos de dhuba con el machete y la boca fruncida, pues todavía había trabajo que hacer. Con los demás aldeanos adoptó una actitud estoica; les agradeció sus palabras de cariño, pero se negó a fomentar su nostalgia o sus plegarias. Solo cuando terminaba el trabajo en los campos, de nuevo en casa a solas con su hijo, se abandonaba a su pena. Gritaba y lloraba en los brazos de Kaeda; su dolor llenaba la casa y no había sitio para la tristeza del propio Kaeda, que dejaba que se endureciera en el fondo de su corazón como una capa de sedimento mientras consolaba a su madre. Por las noches se hacía un ovillo debajo de la sábana y se entregaba a los recuerdos. Evocaba el hombro caliente de su padre el día que fueron a ver las naves; su dedo señalando las estrellas. Encontró unos lugares propios donde llorar, sitios que solo conocía Jhige, pues volvían a ser amantes.

La relación con Jhige había comenzado un mes después de la muerte de su padre. Jhige había cambiado el turno con una amiga y volvieron a trabajar juntos en el campo por primera vez en años.

—Solo quiero asegurarme de que cumples tu cupo —contestó cuando él le preguntó por qué había cambiado el turno con la amiga.

A pesar de que Kaeda protestó y respondió que él no necesitaba una cuidadora, se sintió mejor. Trabajaban en silencio, pero con el tiempo comenzaron a rememorar su infancia.

—Convenciste a todos de que la noche tenía un olor acre porque las lunas eran de kiri —recordó ella.

—Tú sabías la verdad.

—Eso daba igual. —Se secó el sudor del pecho y rio entre dientes—. Los demás preferían la mentira. —Recogió el cuenco con el grano y exhaló un largo suspiro, como si el peso de todo lo que habían vivido juntos presionara el aire para extraerlo de sus pulmones—. No siempre era fácil crecer a tu lado.

—Eras mi única amiga —confesó Kaeda, sobre todo para sí mismo, como si de repente tuviera una revelación silenciosa.

—Eso nunca me lo creeré —replicó Jhige, pero sonrió de todas maneras.

Fue inevitable. Días después, antes de separarse para irse cada uno a su casa, Jhige lo agarró del brazo y lo citó a una hora y en un lugar sin darle más explicaciones, si bien eran innecesarias. Kaeda estaba preparado en el lugar y a la hora acordados. La torpeza juvenil había desaparecido y ahora sus movimientos eran los de unos adultos que conocían el baile y sabían dónde poner los pies y las manos en todo momento. Kaeda le pasó los dedos por los rizos negros del pelo e hicieron el amor sobre un lecho de ropa arrugada. Esa noche las lunas estaban rojas. Kaeda le dijo que las lunas estaban rojas porque el núcleo del sol las había quemado. Ella se echó a reír y le dio un empujón en el hombro desnudo.

—Cállate, cállate, cállate —le susurró en la piel salada.

Pasaron tres estaciones de amor.

El marido de Jhige finalmente descubrió la relación. Un amigo le chivó al oído que había visto a los dos amantes en el molino una noche. Entonces Yotto pidió a su mujer que eligiera. Cuando ella escogió a Kaeda, Yotto se dirigió a la casa de su rival, aporreó la puerta y derribó a Kaeda en cuanto la abrió. Los dos hombres se enzarzaron en una pelea sangrienta que terminó cuando la madre de Kaeda irrumpió en la casa blandiendo un machete. La luz que salía del interior de la casa recortaba la silueta de su voluminoso cuerpo.

—¡Suéltalo! —espetó a Yotto apretando la hoja del machete contra su cuello estriado de venas hinchadas.

Cuando los dos hombres se levantaron del suelo, la madre de Kaeda bajó el arma y le dijo a Yotto que tenía derecho a darle un golpe, uno solo, a su hijo. Yotto no dio tiempo a Kaeda a protestar y le propinó un puñetazo que volvió a tirarlo al suelo sangrando. Yotto se quedó temblando después de liberar toda su ira. La madre de Kaeda se plantó delante de su hijo y dejó caer el machete.

—Idiota —dijo, y se arrodilló en el suelo para limpiarle la sangre del mentón con la manga. Luego lo entró en casa y le dio de comer.

—Yo quería a tu padre —añadió, sentada enfrente de Kaeda, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Pero murió de una manera estúpida. Y eso nunca se lo perdonaré. Prométeme que tú no cometerás el mismo error. De lo contrario, tu alma nunca será bienvenida en esta casa.

—Te lo prometo —respondió Kaeda en voz baja.

Ella le cogió la mano.

Y así terminó todo.

Un mes después se construyó una casa nueva en el valle, donde Jhige y él vivieron con las dos hijas de ella. Kaeda se llevó la ropa y algunos muebles de su antigua casa por insistencia de su madre, el tarro de cristal con los huesos del undécimo dedo (se sentía demasiado culpable para dejarlo allí) y la flauta de madera. Le contó a Jhige que el instrumento era un regalo de un otromundoniano que había conocido cuando era niño, y se sintió aliviado cuando ella no mostró más interés por conocer su historia. Guardaba la flauta en un cajón de la cómoda y la sacaba cuando estaba solo y la melancolía se apoderaba de él. Aun así, enseguida volvía a meterla en el cajón. Jamás la tocaba.

Yana y Elby vivieron en dos casas durante toda su infancia, una a los pies de la colina y la otra más cerca de la cima. Hasta que fueron mayores no entendieron la civilizada tensión que se percibía entre sus tres progenitores cuando su padre iba a recogerlas los días que no trabajaba. Se llevaban bien con Kaeda. Él no podía tener hijos (el médico explicó que algunos cuerpos simplemente no pueden engendrarlos), pero él las trataba como si fueran de su misma sangre. Nunca las golpeó ni les levantó la voz, y les hacía reír con sus muecas graciosas. Esto compensaba sus momentos de introspección, las noches en las que oían sus pasos frenéticos por la casa, como si hubiera olvidado que tenía que hacer algo pero no consiguiera recordar qué ni dónde.

Cuando Kaeda tenía treinta y siete años, las doce líneas verdes volvieron a surcar el cielo rojo. Kaeda era uno más de los

numerosos integrantes del comité de recibimiento cuando las violentas rachas de viento precedieron la llegada de las naves. Las hijas de Jhige, que ya tenían ocho años, corrían alrededor de su madre mientras los otromundonianos descendían de los vientres de sus naves.

—Mira el gobernador —dijo Jhige sacudiendo la cabeza en dirección a su líder, que hacía una reverencia a los recién llegados para recibirlos como si fueran dioses—. Está el primero para darles la bienvenida, pero casi nunca pisa los campos ni visita las casas. No sabe nada de nada. Mira cómo se inclina delante de ellos. Parece que estuviera hecho de gelatina. —Se volvió hacia Kaeda cuando no recibió respuesta de él—. ¿Qué te pasa? —Le tocó la mano para llamar su atención—. ¿Dónde estás? —le preguntó en un susurro.

Kaeda esbozó una sonrisa demasiado amplia.

—Estoy aquí.

Sería muy sencillo escaparse esa noche, ya que las niñas se cansaban enseguida y había que llevarlas a casa temprano. Kaeda pasó un brazo sobre los hombros de Sado mientras bebía y rio con sus amigos, interpretando el papel del juerguista que está pasándose demasiado bien para irse a casa. Cuando Jhige fue a buscarlo, Kaeda le dijo que la fiesta acababa de empezar, y se consideró un hábil estratega cuando ella se ablandó y le sugirió que se quedara mientras ella llevaba a las niñas a casa. Cuando estuvo seguro de que Jhige se había marchado, se disculpó ante Sado con el pretexto de que iba a buscar más bebida y se perdió en la multitud. Cruzó la plaza de la hoguera para ir a la boca del callejón. Nia estaba sentada en el banco de siempre y lo observó tranquilamente mientras se acercaba. El tiempo no había dejado sus marcas en su rostro. Vestía unas prendas holgadas de color rojo claro que le caían sobre el cuerpo como si se hubiera lavado debajo de un chorro de luna derretida. Estaba tan hermosa como siempre. Kaeda sintió que se le revolvía el estómago solo con verla.

—No te despediste.

Nia arqueó las cejas.

—Estás guapo cuando duermes —repuso ella con su segunda voz—. Habría sido una lástima despertarte. —Kaeda ya conocía la tecnología que permitía esa segunda voz y había perdido toda su magia. Nia se encogió de hombros y su collar de cuentas tintineó—. Sabía que volveríamos a vernos pronto, así que no me pareció necesario.

—He pasado los últimos quince años de mi vida odiándote. A Nia se le borró la sonrisa y su expresión se endureció.

—Ahórrame tu odio —replicó Nia—. Solo pasamos una noche juntos. —Hizo un gesto con la mano que Kaeda no comprendió. Luego desvió la mirada hacia el fuego. Kaeda vio en su cara algo inesperado: agotamiento—. No soy una diosa. No estoy aquí para escuchar tus plegarias.

Kaeda se sentó a su lado. Su ira se había aplacado, pero no había desaparecido.

—¿Por qué estás sola?

—Me gustan las fiestas —dijo Nia—; no las multitudes.

Kaeda asintió con la cabeza, aunque no lo comprendía.

—¿Me ves cambiado?

—Eso puedes verlo tú mismo en un espejo —espetó Nia.

Kaeda chasqueó la lengua.

—Lo siento —se disculpó ella—. El viaje ha sido duro. —Se frotó la cara y creó valles en su piel—. He dicho que lo siento.

—Vale —respondió Kaeda, demasiado orgulloso para perdonarla.

—Estoy cansada, Kaeda. Me voy dentro de veinte horas. Necesito pasarlo bien. Por favor, ayúdame.

—¿Qué quieres?

—Pasar la noche contigo.

Kaeda se echó a reír.

—Es verdad. Eres un hombre atractivo. Más que los demás, por lo menos. —Señaló con la cabeza la mesa de Sado. Las cabezas de los solteros se volvían lentamente cada vez que una mujer pasaba cerca. Kaeda y Nia se rieron, pero sus risas cesaron cuando ella puso una mano en la suya—. Además me gustas.

A Kaeda se le cortó la respiración.

Odiaba la capacidad que tenía Nia para desarmarlo solo con tocarlo.

En esta ocasión no atravesaron la fiesta. Kaeda sugirió que bajaran al valle, lejos de todas las miradas. Abandonaron la carretera principal y se dirigieron al molino. Una vez dentro, dejaron atrás las filas de recipientes donde se trituraba el grano, subieron al desván por la escalera y se escondieron detrás de los haces de tallos morados. Fue diferente, o igual, que la vez anterior. Kaeda descubrió cosas nuevas de Nia, como que evitaba mirarlo a los ojos cuando él estaba dentro de ella, como si uno de los dos no estuviera allí, como si ella se hallara en otro planeta, amando a otra persona. A pesar de la distancia que Nia ponía entre ellos, él jadeaba y se movía y la sujetaba como si fuera su propio corazón palpitante.

—Mira —dijo Nia cuando terminaron y estaban tumbados, exhaustos. Estiró el vello púbico de Kaeda entre sus dedos y él le preguntó qué pasaba—. Tienes algunas canas —susurró Nia. Casi parecía triste.

A la mañana siguiente, Kaeda se ofreció a acompañarla a las llanuras, pero ella le puso una mano en el brazo y le dijo que prefería ir sola. De manera que Kaeda regresó a la plaza y ayudó a limpiar y a recoger la basura de la noche anterior. Sacudió los cojines y echó una mano a los hombres que transportaban en carros los cuencos para lavarlos en el río. Cuando oyó el estruendo que anunciaba la partida de las naves, no alzó la vista al cielo. No lo hizo hasta que la última de las líneas verdes desapareció y fue seguro volver a echar de menos a Nia.

Su madre falleció al final de la estación húmeda. Le falló el corazón. Un vecino la encontró con unas sandalias viejas de su marido en la mano. Hasta esa noche las había guardado junto a la puerta de casa, como si esperara que en cualquier momento su marido regresara de los campos por ellas. Kaeda encendió la pira y arrojó las cenizas a los pozos de humedad; sus propias

entrañas las siguieron a las tinieblas del hoyo como si fueran unas cuerdas sueltas.

Esa noche durmió con la cabeza apoyada en el regazo de Jhige, que le acariciaba el pelo mientras canturreaba las canciones que solían cantar cuando eran niños. Eran las mismas que aprendían de sus madres, que se las cantaban para ayudarles a perder el miedo a la oscuridad.

Se recordaba a los muertos y la vida seguía para los vivos. Las niñas enseguida tuvieron la edad para trabajar. Elby, la más fuerte y seria, se unió a los cazadores, mientras que Yana, la parlanchina, hizo crujir sus dedos y se puso a trabajar en el molino.

No fueron las únicas que estrenaron trabajo. Cargando un contenedor de semillas demasiado pesado, Kaeda sufrió una lesión en la espalda que lo dejó inútil para el trabajo en los campos, así que le asignaron un puesto en los edificios de recolección, al cargo de una de las balanzas con las que se pesaban los contenedores que llevaban los campesinos. Sus brazos trabajaban alrededor de su creciente panza, hinchada a base de generosos platos de carne y de pasteles, pues con la edad descubrió, entre otras cosas, que era un goloso. Yotto lo visitaba con frecuencia y enterraron definitivamente el hacha de guerra; incluso eran capaces de bromear sobre aquella vez, hacía muchos años, que se pelearon por el amor de Jhige.

Ya era bien entrada la estación húmeda cuando un día Yotto se sentó a la mesa de trabajo de Kaeda y retorció las manos con nerviosismo.

—¿A ti las niñas te han contado algo sobre... los chicos? —le preguntó refiriéndose a sus hijas.

Kaeda negó con la cabeza. Le hizo gracia la inquietud de Yotto. Le aseguró que no tenía motivos para preocuparse. Sabía que Yana le había echado el ojo a un cazador, pero no veía ninguna razón para atormentar a su padre con algo que no estaba en sus manos.

—Será mejor que ocupes tu cabeza con otros asuntos —le recomendó.